

ESPERANZAS ZOZOBRADAS. APUNTES DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX: EL SIGLO EMPIEZA MAL

Gert Hoffmann

Excombatiente de la Guerra Civil española, Austria. E-mail: gert.hoffmann@aon.at

Recibido: 8 Agosto 2005 / Revisado: 13 Septiembre 2005 / Aceptado: 3 Octubre 2005 / Publicación Online: 15 Febrero 2006

Resumen: En el presente artículo se relata la historia de vida de un excombatiente austriaco de la Guerra Civil española por el bando republicano hasta su retirada del frente tras la batalla del Ebro. Se expondrán las circunstancias de su nacimiento, concienciación política y participación en el conflicto que asoló España durante tres años. En primer lugar, se destacará la importancia de la I Guerra Mundial para la comprensión de la vida en Austria hasta el *Anschluss* y en concreto el frente italiano como punto de inflexión tanto para la balanza de la victoria como de la definitiva derrota del imperio austro-húngaro. En segundo lugar, se relatarán las tensiones y hechos de violencia social vividos en Austria en los días previos al *Anschluss*, la militancia política del autor y su decisión de ingresar en las Brigadas Internacionales para venir a combatir a España. Finalmente, se describirá el proceso de reclutamiento y viaje a la Península Ibérica para terminar la narración de su participación en la contienda con la batalla del Ebro y su posterior salida tras la orden gubernamental del 23 de septiembre de 1938.

Palabras Clave: Anschluss, antifascismo, Guerra Civil Española, Historia de vida, I Guerra Mundial.

1. LA PRENSA EN LA GUERRA DEL '14. LOS GENERALES MANDAN A MORIR

Lo que más tarde se llamó "La Gran Guerra" les pareció a los contemporáneos una de tantas refriegas de las que sucedían en las franjas del Imperio Austro-húngaro, una de esas rápidas expediciones, un mero paseo. Vale la pena ojear algunos de los diarios de aquellos trágicos días de junio y julio de 1914, donde se comentan los dos

acontecimientos que trastornaron el mundo: El asesinato del archiduque Francisco Ferdinando y de su esposa, y la declaración de Guerra.



La declaración de Guerra

Bajo el sofocante sol de junio de 1914 el archiduque, entonces sucesor al trono del Imperio austro-húngaro, y comandante en jefe del Ejército imperial, se dirigía a Sarajevo, recién incorporada al Imperio, para dirigir las grandes maniobras de las tropas austro-húngaras. En el curso del recorrido de la comitiva por la capital bosnia, Francisco Fernando se obstinó en atravesar en su coche el centro de Sarajevo en contra del aviso expreso

del alcalde de la ciudad, hombre de confianza de las autoridades austriacas y muy consciente del riesgo en vista del evidente encono de la población serbia contra la dominación austriaca.

En su ruta hacia el municipio para celebrar la recepción de rigor, la escolta se movía lentamente, y el coche con la pareja imperial se vio obligado a detenerse delante de un colegio de muchachas en el malecón del río Miliacka. En este momento uno de los conspiradores serbios apostado en uno de los puntos neurálgicos aprovechó para lanzar su bomba hacia los ocupantes del vehículo que se encontraba justo de frente a él. Según unas declaraciones testimoniales el archiduque logró echar el objeto hacia atrás y así escapar del primer atentado. La bomba cayó al suelo y explotó detrás del coche oficial hiriendo a un oficial del cortejo. El cortejo sigue hasta el municipio, donde lo espera el cabildo para darle la bienvenida.

El archiduque, una persona seca y tiesa, interrumpe al alcalde con duros reproches; la recepción entonces concluye rápido y el convoy prosigue.

Pero el destino fatal sigue su curso irreversible. El archiduque desoye nuevamente las advertencias de su séquito e insiste en ir a ver al teniente coronel Marizzi, víctima de la bomba; el chófer escoge de dos vías alternativas la izquierda que es la que conducía la comitiva directamente delante de un punto donde un segundo conjurado estaba esperando. Cuando el coche se detuvo un momento, ofrece un fácil blanco para el arma en la mano del joven Gavro Princip quien disparaba dos tiros contra la pareja imperial. Ambos se desplomaron y murieron en el acto. El asesino, un joven estudiante serbio fue detenido y declaró haber querido castigar en la persona del archiduque el imperialismo austriaco, enemigo mortal de su patria serbia.

En la vasta monarquía, el segundo estado en Europa en extensión después de Rusia, país de 55 millones de habitantes y uno de los más poderosos del Continente la muerte del sucesor al trono dejaba a la gente consternada.

En ese momento no se pronosticaron todavía las trágicas consecuencias del terrible incidente, pero se sentía como si algo muy serio iba a suceder.

Los diarios austriacos comentaron el suceso muy amargamente y acusaron a los inspiradores del atentado de gozar del apoyo del gobierno serbio, incluso no faltan quienes excitaron las pasiones.

El editorial de *Neue freie presse*, renombrado diario burgués, con fecha del 29 de junio de 1914, el día después del atentado, dice:

"[...] el atentado tiene que haber sido inspirado y bien planificado desde un centro. Fue un asesinato, un hecho sangriento balcánico, expresión de una feroz sed de sangre en un territorio donde la humanidad es ultrajada desde hace muchos años. Todos estamos convencidos que detrás de ese muchacho que lanzó la bomba detrás del estudiante que disparó los tiros, hay quien intentó perturbar la calma de la monarquía".

El archiduque Francisco Fernando no tuvo nunca una buena prensa en su propio país. Se le reprocharon sus simpatías con los eslavos (su mujer era checa), la frialdad, su carácter, su austeridad. De hecho, este sucesor al trono había sido una solución de urgencia tras la desaparición del hijo de Francisco José – Rodolfo se suicidó 25 años antes el 30 de Enero 1889 en Mayerling - y sólo fue aceptada por el emperador por falta de alternativas, y únicamente a condición que renunciase expresamente a la sucesión de sus hijos al trono.

A la muerte del archiduque siguió el ultimátum del Gobierno de Viena, que postulaba medidas inmediatas y rigurosas por parte del Gobierno serbio, con la certeza de que éste no podía aceptarlo frente a su propia población.

Gradualmente, el tono de la prensa se fue agudizando, en el curso de ese mes de junio, que precedió a la declaración de guerra.

El 6 de julio el ministro de Exteriores alemán, Bethman Hollweg, confirmó el apoyo al postulado austriaco. El 24 del mismo mes, sin embargo, su colega ruso, Serguei Sasonow, se declaraba solidario con el Gobierno serbio.

Durante los últimos días precedentes a la declaración de guerra, se precipitaron los acontecimientos. Todavía había quien confiaba en soluciones pacíficas. El mismo emperador se obstinaba en seguir negociando. Fue entonces cuando su

ministro Berchtold - un notorio belicoso y promotor de la guerra, le presentó al monarca la noticia de un incidente en la frontera húngara. - asunto en realidad de importancia secundaria - como provocación del Gobierno serbio, dramatizándolo de tal forma que el viejo en fin no veía otra solución que firmar el documento que le presentaba su Ministro de Exteriores.

El 25 de julio de 1914 Austria declaró la guerra a Serbia. Del manifiesto que el anciano emperador dirigió a los súbditos destacan unos pasajes:

"Fue mi gran deseo él de dedicarme, durante los años que Dios me quiere conceder, a las obras de Paz y ahorrar a mis pueblos los sacrificios de la Guerra. Pero las maquinaciones de un enemigo rencoroso me obligan a desenvainar la espada. Serbia ha rechazado los modestos postulados de mi gobierno de observar aquellas obligaciones que son imprescindibles para permitir la pacífica convivencia entre los pueblos... Por consiguiente me veo en la obligación de emplear la fuerza de las armas para garantizar a mis pueblos... la Paz duradera".

Lo que siguió fue un infierno de cuatro años y tres meses, el desencadenamiento de los más viles fondos del alma humana.

Muy pronto se desvaneció la ilusión de una marcha triunfal de venganza por la muerte del futuro emperador; se despertaron todas las fuerzas centrífugas de un imperio incoherente que la alianza con Alemania no pudo compensar; se unieron las demás potencias europeas para saldar viejas cuentas. Para los ciudadanos empezaron a hacerse sentir las penurias del conflicto.

Los vaivenes de la guerra continuaron su fatal rumbo. El 22 de mayo de 1915 Italia declaró la guerra a Austria.

El boletín oficial Wiener Zeitung de fecha 23 de mayo de 1915 comentaba así la fatal nueva:

"El rey de Italia nos ha declarado la guerra. Este acto es una traición sin precedentes a sus dos aliados, a los que abandona en un momento particularmente crítico. Nuestros esforzados soldados sabrán responder, como siempre, victoriosos a ese insidioso atraco".

Las potencias del centro, Austria y Alemania, se vieron cercadas por poderosos enemigos por todos los lados: en el Este por Rusia y Serbia; en el Oeste por Francia e Inglaterra; en el Sur por Italia. Era un territorio con sus fuentes de suministro cortadas, que pronto sintió las consecuencias del bloqueo, con los establecimientos vacíos, falta de provisiones y hambre. Como en todas las guerras, la prensa austriaca de esos años se complació en triunfalismos y anuncios de victorias. Con fecha 31 de julio de 1915 se difundió la entrada triunfal de las tropas alemanas en Varsovia y el 30 de octubre la de las tropas austriacas en la ciudad italiana de Udine.

El 9 de julio de 1915 el diario socialdemócrata *Arbeiterzeitung* anunció el aumento del precio de las patatas a 48 heleros; el 14 de septiembre de 1915, el del carbón a 44 heleros; el mismo día una madre ofrecía a través de un anuncio a «su hijita, muy mona (ilegitima), de 22 meses, a cambio de una modesta indemnización». También con la misma fecha el diario hizo un llamamiento a las armas para todos los ciudadanos entre 40 y 60 años de edad.

Pero este no fue el final del infierno que continuó tres años más durante los cuales se agudizaron las penurias y se privó al país de una juventud que se podría en las trincheras del Isonzo y perecía en los frentes del Este.

En junio 1917 los obreros de la industria de guerra estaban en huelga. Por primera vez reivindicando la paz, aparte del aumento de los salarios. Los soldados, en tanto, seguían batiéndose, sufriendo y muriendo. En el frente italiano se sucedieron doce ofensivas con minúsculos resultados.

Hoy nos preguntamos qué motivaba a esos soldados a soportar tantas penas. ¿Por qué no tiraron sencillamente sus fusiles y se fueron a sus casas? ¿Era por las amenazas de los fusiles de la gendarmería militar que esperaba a los desertores detrás de las líneas de fuego?

Tras la última ofensiva del Isonzo en el frente italiano (donde un joven reportero americano de nombre Ernest Hemingway ganó sus primeros laureles), en octubre de 1918, el alto mando austriaco no tuvo más remedio que firmar el armisticio y comunicar a sus tropas que el día 18 de octubre de 1914 se había capitulado ante los italianos y por consiguiente debían deponer las armas. Aprovechando la confusión el mando

italiano hizo prisioneros a decenas de millares de soldados austriacos, que luego pasaron muchos meses en cautiverio.

El conflicto terminó con el derrumbamiento total no sólo del poderío militar sino de toda la monarquía, que tuvo que ceder los territorios poblados por etnias no germanas: húngaros, checos, eslovenos, croatas, rutenos, italianos... Pero las nuevas fronteras dejaron igualmente vastas zonas germanoparlantes bajo dominio de los nuevos estados nacionales: los Sudetes, el Tirol del Sur, y parte de Estiria y de la Baja Austria.

Cuando, al concluir la Conferencia de Saint Germain se preguntó al presidente del Gobierno francés, Georges Clémenceau, qué iba a ser de Austria, respondió:

“Ce qui reste” (lo que queda).

Lo que quedaba era un territorio habitado por seis millones de personas de habla alemana, hambrientos, helados (ya que se estaba ante un rígido invierno), sin los recursos que hace siglos solían llegar, con centenares de jóvenes cautivos en los campos de los vencedores y una población desprovista de perspectivas.

2. 23 DE MAYO 1915: ITALIA DECLARA LA GUERRA A AUSTRIA-HUNGRÍA

Artillería austriaca en los Alpes



Oficiales austriacos en campaña



La Tragedia del Isonzo -una absurda matanza en la Primera Guerra Mundial

Durante los meses de abril y mayo de 1915 por las calles de Roma, Milán, Turín y otras ciudades italianas se manifestaron a diario grupos de gente pendenciera que, hasta dominar la calle, gritaban con frenesí guerrero:

“Trieste y Trento nuestro! Muerte a los opresores austriacos!”

El partido liberal italiano, partidario de mantenerse neutral, fue silenciado por las manifestaciones callejeras, y la sociedad sujeta a un severo régimen militar. Ya nadie osaba oponerse cuando el 25 de mayo 1915 Italia declaró la guerra a Austria-Hungría.

Mientras, en Viena los militares mandaban desde un año antes y los políticos (incluidos los del partido social-demócrata) se pronunciaron igualmente a favor de la guerra, bajo el lema de *“castigar a los pérfidos traidores italianos”*.

Tanto en Italia como en Austria-Hungría la prensa se encargó de caldear el ambiente y preparar el camino a los militares ansiosos de ir a la guerra. Se abrió otro capítulo de la tragedia que comenzó el 1º de agosto de 1914.

Desde esa fatal fecha millones de jóvenes soldados ingleses, franceses, rusos, alemanes y austriacos estaban empeñados en matarse en los vastos frentes de la Primera Guerra Mundial, la llamada “Gran Guerra”. Apenas diez meses después Italia entra en guerra, lo que suma a esos involuntarios héroes otros 1,3 millones de jóvenes italianos llamados a las armas.

Desde que los italianos declararon la guerra al Imperio Austro-Húngaro, en mayo 1915, hasta la rendición de Austria-Hungría en octubre de 1918 se enfrentaron los dos ejércitos a lo largo de una frontera de seiscientos kilómetros, que se extendía de los picos de la frontera suiza, por las crestas nevadas de los Alpes, hasta la llanura del Friuli y el mar Adriático en las cercanías de Trieste; un terreno hostil al hombre, con glaciares y nieves durante todo el año, rocas vertiginosas y con pocas y malas carreteras y nieve durante todo el año.

El acceso a las posiciones de la tropa –en las cimas y lomos empinados - era sólo posible sobre mulas o a hombros de los soldados. Fue en este terreno donde se aferraban los dos

ejércitos durante los tres años de enfrentamiento en trincheras, cavadas en las rocas y en los glaciares, sin jamás conseguir avances decisivos.

En el sector oriental de esa larga frontera, donde bajan los ríos de los Alpes hacia el mar Adriático por anchos valles, el Estado Mayor italiano creyó haber descubierto una brecha que podía ser franqueada por un ejército bien motivado y bien equipado. Este frente discurría a lo largo del río Isonzo, donde hoy se encuentra la frontera entre Italia y Eslovenia; aquí las montañas son menos altas, y otros caudalosos ríos discurren desde el Tirol austriaco hacia el Adriático y la fértil llanura del Friuli. En la lejana playa se vislumbra más al Sur, la bella ciudad de Trieste, principal puerto de la monarquía Austro-Húngara, que reclamaban los italianos como parte integral de su territorio nacional, blanco de prestigio para del Estado Mayor italiano.

El supremo mando italiano pronosticó una campaña militar breve a la vista de un enemigo que creyó desmoralizado y ofrecería poca resistencia. De manera que los soldados italianos, fuertemente motivados por *luchar por una justa causa*, deberían de entrar en Viena a las pocas semanas.

Sobra decir que en Viena ocurrió algo similar: Los autodenominados expertos militares de los periódicos se burlaron de los “*katzelmacher*” (comedores de gatos) como cobardes e indisciplinados, fanfarrones y mujeriegos, a los que fácilmente podrían rechazar.

El Estado Mayor italiano, encabezado por el general Luigi Cadorna, preparó la “*Primera ofensiva del Isonzo*”, con el objetivo de ganar Gorizia, ciudad clave para la toma de Trieste. Pero las esperanzas se frustraron. Con el asalto a las líneas enemigas los soldados italianos quedaron diezmados con el fuego de las ametralladoras enemigas. Ambos ejércitos lucharon con increíble tenacidad; esta primera batalla del Isonzo duró del 23 de junio hasta el 7 de julio 1915, sin que ninguno de los contendientes cediese y sin moverse el frente.

A los diez días comenzó el segundo enfrentamiento de las doce batallas del Isonzo que se produjeron, con el mismo resultado. Dos meses después, la tercera, una semana más tarde, la cuarta... así hasta que, durante la sexta, en agosto de 1916, los italianos consiguieron entrar en Gorizia, aunque sin abrir brecha en las

líneas enemigas. A ésta le siguió la séptima, la octava, la novena...todas con el mismo resultado: los dos ejércitos enfrentados en las dos riberas del Isonzo.

En la décima batalla del Isonzo ocurrió lo mismo en el campo de batalla. E, igualmente con enormes pérdidas: 36.000 italianos y 20.000 austriacos muertos, 27.000 italianos cautivos de los austriacos, 23.000 austriacos cautivos de los italianos. Pero los sacrificios no servían: pues el frente quedaba donde estaba.

A la distancia de nueve decenios parece increíble que los soldados en ambos bandos hubiesen aceptado las terribles fatigas y la constante presencia de la muerte, el hambre, cansancio, los helados inviernos y los tórridos veranos a lo largo de esos tres años de permanente carnicería.

Entre los participantes austriacos de la X Batalla del Isonzo, se encontraba el teniente Heinrich Hoffmann, mi padre. Y en la trinchera de enfrente, el teniente italiano Andrea Marano, padre de mi amigo Giuseppe Marano.

El 23 de mayo 1917, pocos días antes de que yo naciera, mi padre fue capturado. En una carta que mi madre debió de recibir el día de mi nacimiento, un camarada de mi padre le comunicaba a ella que “*el teniente Hoffmann cayó prisionero en la décima batalla del Isonzo, luchando a la cabeza de su compañía...*”

El cautiverio duraba dos años.

El teniente Marano del Segundo Ejército italiano apuntó en su diario que, ese mismo día le ordenaron salir con una patrulla de 200 soldados y al llegar a la orilla del río, “*tras una marcha nocturna desastrosa bajo un bombardeo incesante y las bombas enemigas cayendo alrededor*” se enfrentaron a una compañía enemiga, que fácilmente podría ser la que mandaba mi padre. No resulta imposible que fueron éstos los que lograron detener a la compañía del teniente Hoffmann.

Esa Décima Batalla del Isonzo terminaba como las anteriores – los sacrificios eran de balde.

El Estado Mayor italiano se obstinó y el 17 de agosto de 1917 inició la undécima ofensiva, con idéntico resultado. Esta vez murieron cuarenta mil italianos y quince mil austriacos y como consecuencia de las insalubres condiciones a las

que estaban expuestos en sus trincheras los soldados millares de enfermos tienen que ser hospitalizados; se habla de medio millón entre ambas filas.

Obviamente, ninguno de los dos adversarios tenía la suficiente fuerza para imponerse al otro y fue el momento para ambos de suplicar refuerzos a sus aliados.

De parte de las potencias aliadas se convino mandar tropas frescas norteamericanas, de la otra, reforzar las cinco divisiones austriacas con siete alemanas, poner a la cabeza de las operaciones a un experimentado general alemán, Otto von Buelow y utilizar un nuevo alcance del genio industrial alemán: el gas asfixiante, una nueva arma destinada a sorprender a los inadvertidos e indefensos soldados enemigos.

Los contingentes americanos tardaron meses para estar listos - Ernest Hemingway cuenta sus vivencias en la campaña de Italia en su novela *"En tierra extraña"* - En cambio, los alemanes llegaron a las pocas semanas, en octubre 1917, gracias al alivio del que disfrutaban en este momento en el frente del Este como consecuencia de la Revolución rusa

Durante la XII Batalla del Isonzo, - en Italia se hablaba y aún se habla - del *Desastre de Caporetto*., un pueblecito en la orilla de este río, actual Cobarid en Eslovenia - los austro-alemanes lograron quebrar las líneas enemigas, con el lanzamiento de obuses de gas que se extendían por el estrecho valle y penetraba en las trincheras italianas. Quien no moría asfixiado huía horrorizado.

Los austriacos y sus aliados alemanes avanzaron más allá del Isonzo, hasta el más próximo de esos valles alpinos, el del Tagliamento, lo traspasaron obligando a los italianos a retirarse hasta el río Piave.

Pero el precio era alto, y su efecto inmediato era el agravamiento de la situación de aprovisionamiento de la retaguardia, donde millones de ciudadanos en las ciudades padecieron hambre y penurias. Incluso los soldados austro-húngaros sufrieron hambre y saquearon a los campesinos por donde pasaron.

La prensa austriaca celebraba la victoria en la XII Batalla del Isonzo, el llamado *"Milagro de Karfreit"* (=Caporetto), pero el país la pagaba cara. Los medios de transporte fueron

requisados por las autoridades militares para el traslado de personal y material de guerra y en los almacenes se agotaron las últimas reservas de alimentos. Cuanto más avanzaban los regimientos, más exigente se volvía el frente. Unos 400.000 soldados italianos cayeron prisioneros y fueron confinados en miserables campos, mal nutridos y mal alojados - aún así, su permanencia costó un esfuerzo adicional.

Para Italia los efectos de la derrota eran graves: el principal responsable, el general Cadorno, fue revocado (pero seguía en posiciones clave) y el general Badoglio, comandante de la artillería trató en vano justificar la ausencia de la artillería durante el avance enemigo. Sin embargo, los dos continuaron en altísimas posiciones militares y políticas.

En octubre de 1917 el ejército italiano sufrió un golpe que sin la intervención de los aliados hubiera sido mortal. Las desertiones eran masivas, a pesar de los severos castigos decretados por las autoridades militares y las ejecuciones sumarias, y la moral de los combatientes bajísima. Durante toda la guerra se registraron 162.563 casos de desertión. En marzo de 1918 la justicia militar observa que *la cantidad de desertiones superaba a la de caídos en acción*.

De la parte austriaca el breve triunfo de los ejércitos austro-alemanes no tuvo efectos duraderos sobre la moral de los combatientes. Se encontraban mal alimentados, pobremente vestidos y recibían noticias deprimentes de sus casas; estaban hartos de esta guerra.

Las doce batallas del Isonzo costaron la vida a más de trescientos mil soldados italianos, medio millón cayó prisionero. Casi la misma cantidad de soldados austro-húngaros sufrió de mayo de 1915 a noviembre de 1918 la misma suerte. El total de muertos, heridos y desaparecidos se estima en más de 800.000.

Para el teniente Hoffmann, la guerra concluyó en mayo de 1917 con el cautiverio. Como oficial se le concedió el trato de convención (igual que, de su parte, en Austria se trataba a los oficiales italianos prisioneros conforme a las reglas convenidas). Primero fue internado en un campo en Piazza Amerina, en el centro de la Sicilia, y al poco rato fue trasladado a una especie de domicilio vigilado en la pintoresca Amalfi, en el golfo de Nápoles, puerto medieval turístico, que parece haber disfrutado en pleno

(aún conservo la colección de bellas canciones populares en aquel entonces, y que el joven oficial oyó cantar en las hosterías que frecuentaba en las largas y calurosas noches perfumadas de aquella encantadora plaza... Aprovechaba su ocio para perfeccionar sus conocimientos de italiano, y escribía a diario a su querida mujer, mi madre).

Mientras el teniente prisionero lo pasaba más bien divertido en Amalfi, la población civil en la retaguardia atravesaba un infierno de escasez, de hambre y miseria y mi madre se esforzaba por hacer navegar a su pequeña familia a través de las adversidades de la guerra.

El resultado de todo esto para la población civil, sobre todo en Viena y en las demás ciudades del país, era que viejos y niños sufrieron enfermedades de deficiencia y los hospitales reventaban de enfermos que no recibían la atención necesaria. Llegó el invierno, uno de esos inviernos de un frío penetrante, y no había carbón para encender las estufas. Cada día morían gente debido al hambre y las heladas temperaturas.

En noviembre de 1916 falleció el viejo emperador, Francisco José, a los 86 años y tras 68 años de gobierno, y su sucesor, el joven Carlos, buscaba contactos con los aliados para ventilar una paz separada. Los alemanes, al enterarse, amenazaban con intervenir. De todas formas los aliados, que ahora tenían a su lado al poderoso ejército norteamericano, ya no tenían interés.

A partir de febrero de 1917, cuando las noticias de Rusia se habían difundido por toda Europa, las últimas huellas de fervor patriótico se esfumaron. En todos los países beligerantes se sucedieron huelgas en las fábricas, manifestaciones callejeras, protestas clamando por la Paz. Pero en los frentes la disciplina militar y los rigurosos castigos de la justicia militar mantenían a los soldados resistiendo en las trincheras, hasta noviembre de 1918. El colapso de la monarquía Habsburgo, sin embargo, fue incontenible y el final es conocido: El Imperio se descompuso rápidamente y el país se hundió en un mar de miseria.

El teniente Hoffmann consigue volver a abrazar a su mujer e hijos a su regreso en 1919. La familia había sobrevivido a las penurias sin sufrir serios daños, y Heinrich Hoffmann

comenzó su adaptación a la nueva vida. El aquelarre del Isonzo desvanece.

En Marzo 1938, Austria es anexionada por el ejército de Adolf Hitler, y el abogado Hoffmann, debido a las leyes nazis antijudías, tuvo que emigrar. Murió en un campo de internados en el sur de Francia, en el 1944.

El teniente Andrea Marano, al ser desmovilizado, terminaba sus estudios de jurisprudencia en Nápoles, abre bufete en Aviano, su ciudad natal sureña, pero no consiguió mantenerse contra los viejos abogados locales; se transfirió a la pequeña ciudad de Gradisca (que ha conocido durante su servicio militar) contrajo matrimonio con una muchacha friulana de la región con quien va a tener tres hijos, y, durante los años siguientes, goza de gran prestigio como buen abogado.

En 1944, Gradisca es ocupada por los yugoslavos de Tito y, siendo italiano, la familia tuvo que abandonar su hogar y refugiarse en el sur del país.

Cabe mencionar la suerte de dos de los principales responsables del holocausto del Isonzo, los generales Cadorno y Borodejovic.

Tras el fracaso de Caporetto, Luigi Cadorno es destituido de su cargo de comandante en jefe, sin que se le hubiese jamás interrogado por su culpa en las muertes de centenares de millares de jóvenes italianos ni de las miserias que las frustradas campañas militares de julio 1915 hasta octubre 1917 habían causado. Al terminar la guerra con la victoria aliada, fue agregado a la comisión de armisticio italiana en Viena que dictó las condiciones del armisticio al enemigo vencido.

Cuando Mussolini toma el poder, en 1922, sirve al nuevo régimen como héroe de guerra y recibe sendos honores como tal. Murió en 1928 y recibió un gran entierro oficial.

Unos altos y bajos experimenta la carrera del general Svetozar Boroevic de Bojna, jefe del ejército austro-húngaro durante toda la campaña que costó la vida a centenares de millares de pobres muchachos de todas las comarcas del vasto Imperio. Tras la victoria de Caporetto (la XII Ofensiva del Isonzo) recibió la más alta distinción de la mano del emperador Carlos, es nombrado *Feldmarschall* (Mariscal de Campo),

y jefe del Ejército Imperial del Sur, mando que conservaba hasta el derrumbe.

Perdida la guerra se retiraba con el resto de su tropa hacia la Carintia austríaca. Ofreció sus servicios al Emperador, cuando éste fue destronado en noviembre de 1918. Al frustrarse sus empeños promonárquicos, intentó en vano entrar en el nuevo ejército croata. Como héroe fallido se retiraba a la Carintia austríaca, donde muere, privado de medios, en pobreza, en el 1920. El ex Emperador Carlos, entonces en su exilio en Madeira, le pagó un modesto sepulcro en el cementerio central de Viena.

3. BREST-LITOWSK, 1918. LA PAZ FALLADA

En el tercer año de la *Gran Guerra* (que de grande no tenía más que los enormes sacrificios que se exigieron a los pueblos beligerantes) explotó la bomba del mensaje de Lenin “A TODOS”, donde el líder bolchevique exhortaba a todos los responsables de todos los países a reunirse para cesar las hostilidades y restablecer la Paz. El manifiesto proponía una “Paz de Honor y Concordia”:

Entre los pueblos de Europa, la llamada que les llegó desde Petersburgo causó un profundo impacto, fue acogida con grandes expectativas por las masas de hombres y mujeres en todos los países hartos de tantos sufrimientos.

En los cuarteles generales de las partes beligerantes, sin embargo, sonaba la alarma – para los generales la paz es como el agua bendita para el diablo. En Francia e Inglaterra, recién socorridas por el potencial bélico americano, y ciertos de ganar la guerra, los generales se vieron de repente confrontados con la doble amenaza de perder a un aliado (el ejército del Zar), y con la propaganda pacifista (de los bolcheviques) que podía provocar derrotismo e incluso alborotos en las propias filas.

La llamada de Paz de Lenin se dirigía a todos los gobiernos beligerantes, pero ni ingleses ni franceses estaban dispuestos a responder. Solo los del bloque centro-europeo (Alemania y Austria-Hungría) consintieron negociar con los representantes rusos.

En el estado mayor alemán la reacción era diversa: los estrategas del Kaiser vieron en la perspectiva de una retirada de los soldados rusos

un muy grato alivio que les permitiría disponer de tropas para abrir la siguiente ofensiva en el frente occidental que, como pensaban, les iba a llevar hasta las puertas de París.

3.1. Aristócratas y Proletarios en la Mesa

Las dos delegaciones reunidas en Brest Litowsk, parecían venir de dos mundos diversos: De un lado, la soviética, compuesta por personajes de la recién triunfante revolución bolchevique, jóvenes estudiantes y trabajadores, entre ellos algunos, como Kamenew, hace poco salidos de las cárceles del Zar, liderados, al progresar los coloquios, por el mismo comisario del pueblo León Trotsky, compañero e íntimo colaborador de Lenin, hombre de gran elocuencia y aguda mente, todos ellos profetas de la nueva doctrina revolucionaria.

De frente a esos apóstoles salvadores de la Humanidad oprimida, se sentaron unos soberbios generales y diplomáticos, provenientes todos de viejas familias aristocráticas prusianas, ex alumnos de los colegios militares de la elite y que se vanagloriaban de su superioridad genética.

A estos les parecía tan absurda la idea de dialogar con aquellos representantes del proletariado ruso, que el mismo general Ludendorff, jefe supremo del ejército alemán, pensó necesario preguntar a los delegados alemanes, si de verdad “*era posible hablar con esa gente*”, y quedó muy sorprendido cuando el general Hoffmann, jefe militar de la delegación alemana le aseguraba que sí.

El estado mayor alemán tenía un gran interés en llegar rápidamente a un acuerdo. La misma Paz no les importaba más que a sus colegas occidentales, pero tenían prisa de llegar a un acuerdo con los rusos para poder mandar a las tropas retiradas del frente oriental hacia el occidental; al mismo tiempo, estaban dispuestos en no soltar ninguno de los territorios que tenían ocupados desde las campañas anteriores, sobre todo en el báltico y en Polonia.

Los soviéticos, por su parte, llegaron con claras instrucciones de no aceptar *ninguna anexión forzosa* e insistir en *el derecho de autodeterminación de cada pueblo para elegir el régimen que le corresponde*.

Alrededor de esos temas giraban las controversias día tras día, y Trotsky pronunciaba

sus argumentos que, en realidad, eran más bien destinados a ser escuchados por los proletarios de todos los países que, como los bolcheviques esperaban, iban a desencadenar la Revolución Mundial.

Este *alzamiento general de los proletarios de todos los países* era su idea fija, basada en la doctrina leninista del “*Imperialismo como última fase del capitalismo*”, como ineludible devenir histórico, después del cual el capitalismo se derrumbaría.

Stalin reprochó a Trotsky, más tarde, haber arriesgado la ruptura de la conferencia, en un momento en el que la joven Unión Soviética se hallaba acosada por todos los lados. Hay que tomar en cuenta, sin embargo, que, en 1918, esa ansiada Revolución Mundial no era un mero sueño: en este enero de 1918 hubo paros en varios centros industriales, en Francia, en Austria, en Alemania. Las protestas en la retaguardia en numerosos lugares del continente aumentaron durante ese cuarto año de guerra, de un mes al otro. Sólo un año más tarde los seguidores de las ideas bolcheviques en Bavaria y Hungría se hicieron con el poder. Los mismos gobiernos tomaban muy en serio la amenaza de un levantamiento general obrero. Si hubiese sucedido, todo podía haber cambiado a favor de los revolucionarios rusos.

3.2 Tratados bajo el signo del hambre

En Brest Litowsk, se encontraba, además de la delegación alemana, la de sus aliados austro-hungaros, encabezada por el conde Otocar Czernín, hombre inteligente y culto, con instrucciones claras de su gobierno y del joven emperador Carlos de conseguir la paz a cualquier precio. Para Czernín era fácil renunciar para su país a todas anexiones, pues los únicos territorios que habían ocupado en el curso de las campañas militares se hallaron en el último rincón del este del Imperio, sin importancia estratégica.

Mientras la conferencia se desarrollaba le llegaron a Czernin noticias alarmantes desde Viena donde la hambruna amenazaba el orden público, había huelgas protestas y manifestaciones por todas partes, de ningún lado del Imperio llegaban los suministros, las autoridades locales de las provincias agrícolas boicotearon los transportes, las demás fuentes de aprovisionamiento estaban bloqueadas por los aliados.

En este crítico momento apareció en Brest una delegación ucraniana que pretendía hablar en nombre de una Rada Central Ucraniana que se había constituido como autoridad en Kiev. Los austriacos lograron firmar una Paz separada con éstos y un acuerdo que preveía el envío de importantes cantidades de trigo y otros alimentos. Trotsky, sin embargo, protestó, declarando que esa Rada Central no estaba autorizada por nadie.

Era el momento culminante de la conferencia. En Brest Litowsk había tres partidos, cada uno con sus intereses particulares: Los generales alemanes (a su cabeza Hindenburg y Ludendorf) se mostraban impacientes por lo que ellos denominaron *peroratas inoportunas*, y ansiosos por conseguir el relevo de sus tropas (sin sacrificar, desde luego, ninguna de sus anexiones).

De su lado, los rusos necesitaban la paz para consolidar el régimen, y los austriacos acosados por el hambre y exhaustos, en espera del trigo ucraniano.

Pero mientras los delegados seguían peleando por ideas y territorios el cuartel general alemán puso a sus tropas en marcha, y las adelantó profundamente en territorio ruso hasta llegar el lago Peipus.

Los soviéticos, tras convencerse que la Revolución Mundial que les hubiese socorrido no se acercaba firmaron el tratado de paz aceptando las condiciones dictadas por los alemanes; la guerra en el frente ruso había terminado.

Las tropas germanas ocupaban la Ucrania, detrás de ellos avanzaron los austriacos en dirección de Odesa, pero las esperanzas de conseguir los suministros ucranianos se esfumaron, pues lo que allí encontraron eran sólo 42000 vagones de trigo que alcanzaron para una barra y media de pan para cada ciudadano austriaco, más dos kilos de otros alimentos. Además, para llevarlos hasta Viena faltaban las capacidades de los ferrocarriles cuyo parque de vagones estaba agotado, deteriorado e irreparable.

En las calles de las ciudades austriacas morían niños y viejos. El pueblo se levantó en Viena y en las aglomeraciones industriales del país, el emperador ya no osaba residir en el palacio imperial (el pomposo Hofburg de Viena), y transfirió la corte a la pequeña ciudad de Baden,

en el sur de Viena, donde se concentraron dos regimientos de confianza para que velaran por su protección.

3.3. Se acerca el final

Mientras en Austria se manifestaron señales de descomposición, la guerra continuaba en el frente francés. Hindenburg y Ludendorff habían en fin conseguido los refuerzos que necesitaban para abrir su ofensiva. Con las tropas recuperadas en el frente ruso intentaron quebrar la defensa francesa y repetir las operaciones que, en 1870, en Sedan, les habían abierto las puertas de París.

Entre tanto, sin embargo, habían llegado los refuerzos americanos, y el material de guerra que Estados Unidos estaba mandando. Hasta mediados de Octubre los generales alemanes continuaban sus operaciones. Esas frustradas operaciones de los últimos meses, entre febrero y noviembre de 1918, eran las más sangrientas de toda la guerra.

El 29 de Septiembre de 1918, Hindenburg, jefe supremo del ejército imperial, se presentó al Kaiser, confesando la derrota militar y proponiendo contactar los aliados con el objeto de negociar la paz

En la noche del 3 al 4 de octubre de 1918 salió una nota cablegráfica del canciller (presidente) del gobierno imperial alemán al presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, donde se le imploró tomar la iniciativa para restablecer la Paz, promover el armisticio inmediato e invitar a todos los partidos beligerantes para iniciar las tratativas de paz. Desde luego, ya había caso de una paz negociada.

Los aliados occidentales consiguieron una victoria militar, sin embargo, esa paz en Europa no duró más que escasos veinte años.

En 1932, a apenas catorce años del final de la primera guerra mundial, este mismo general Hindenburg, uno de los mayores responsables de la desastrosa guerra de 1914, fue elegido presidente de la República alemana. El 30 de Enero 1933, Hindenburg llamó al señor Adolf Hitler para que formase el gobierno. La continuación es bien conocida.

4. ¿POR QUÈ SE FUERON MIL CUATROCIENTOS JÓVENES A COMBATIR EN ESPAÑA?

*Madrid, noviembre 1936 – Dos brigadistas recién incorporados
A la derecha el hermano del autor*



Hoy ya no llegamos a los diez los que quedamos de los mil cuatrocientos voluntarios austriacos que fuimos a combatir a España en su Guerra Civil. Nos reunimos de vez en cuando, y recordamos los buenos y malos momentos de de nuestro pasado.

Yo fui uno de ellos, uno de los últimos que llegaron a España, y uno de los más jóvenes. Tenía veintiún años, y ya había recibido mi bautizo de revolucionario en las cárceles del régimen autoritario del canciller Kart von Schuschnigg.

En los turbios días anteriores al *Anschluss*, en febrero de 1938, Schuschnigg nos había amnistiado a todos los presos políticos, nazis y socialistas y comunistas, en una desesperada tentativa por contrarrestar la furia de Hitler.

Cuando estalló la guerra en España, el régimen semifascista de Austria llevaba ya dos años y medio de vida. Tras una breve resistencia, quebrada a sangre y fuego por la policía y el ejército, y en la que hubo unos quinientos muertos y ahorcados, se impuso el canciller Dollfuss en febrero de 1934 como dictador. Pero Dollfuss fue asesinado medio año después, por un grupo nazi austriaco y le sucedió Kurt van Schuschnigg como jefe del Gobierno autoritario.

El 11 de Julio de 1936, días antes del comienzo del levantamiento de los generales en España, Schuschnigg firma un acuerdo con Alemania, en el cual Austria se compromete a alinearse a la política exterior del Reich. Se pusieron en libertad a muchos nazis hasta entonces encarcelados, mientras los partidarios de la izquierda siguieron reprimidos, las organizaciones obreras prohibidas, sus locales cerrados, sus bienes confiscados.

Quien recogiera fondos para la España republicana o intentara ir a España, es severamente castigado.

Las cárceles estaban llenas de prisioneros políticos. Entre encarcelados, emigrados políticos, gentes que por razones políticas perdieron su empleo o padecieron otras vejaciones, y parientes y amigos de las víctimas del régimen, se mantiene vivo el odio contra ese Gobierno que parece incapaz de resolver los problemas del país. En aquel entonces, se registraron medio millón de parados, en una población de seis millones, mientras que gran parte de la población pasa hambre en medio de la opulencia de unos pocos.

A todo esto se añadía la manifiesta falta de un concepto viable para defender la soberanía del país, frente a la constante amenaza alemana. El Gobierno sigue con la ilusión de que Benito Mussolini garantizaría la independencia de Austria. Pero con los apuros de la guerra de Abisinia, y las sanciones impuestas por la Sociedad de Naciones, el dictador italiano se fue acercando a Hitler. En el mismo año 1936 se firmó el eje Berlín-Roma y se inició lo que luego desembocaría en una estrecha colaboración entre los dos dictadores. Al desinteresarse las potencias occidentales de su suerte Austria quedó aislada.

Aparte de unos pocos ciudadanos austriacos dispuestos a participar en la Olimpiada Obrera

de Barcelona o bien presentes por otros motivos, los primeros voluntarios austriacos llegaron a España en noviembre de 1936 y se incorporan rápidamente - tras una breve preparación militar - a la defensa de Madrid. Mi propio hermano era uno de ellos, sus primeras cartas desde Madrid llevan el timbre del 8 de noviembre de 1936 (él murió en 1942 en el campo nazi de Gross-Rosen). Desde entonces, llegaron regularmente grupos de jóvenes austriacos en España, los últimos en julio de 1938; estos eran los que, como yo, se hablan ido cuando el ejército alemán ocupó el país.

Según los archivos de la Resistencia austriaca, en la guerra de España cayeron unos 212 voluntarios austriacos. Otros 92 perecieron durante los años consecutivos en los campos nazis alemanes, o perdieron sus vidas combatiendo en las filas de la Resistencia o de los ejércitos aliados durante la Segunda Guerra Mundial.

En proporción a la población de su país, Austria fue el país que más voluntarios mandó a España, a pesar de la distancia entre los dos países, a pesar de las dificultades del viaje, de los pocos recursos de que disponían (en el famoso reportaje del "reportero enfurecido", Egon Erwin Kisch se cuenta como un campesino tirolés, para financiar el viaje, vendió sus tres vacas).

Entre los motivos de los voluntarios austriacos se entremezclaban pasión de libertad, patriotismo, romanticismo y rabia por los agravios sufridos. La mayoría eran comunistas, resueltos luchadores contra el capitalismo, y partidarios de una sociedad sin explotación. Y todos estábamos convencidos de que la Unión Soviética estaba en camino hacia tales metas.

Algo, desde luego, sospechábamos de las persecuciones en aquel país, pero las considerábamos una fase inevitable y pasajera, dictada por la agresividad del imperialismo.

Cuanto a las causas del conflicto en España, teníamos una bastante vaga noción de sus causas y raíces, probablemente no menos concisa que la de la mayoría de los mismos españoles. De hecho, el papel de la Iglesia, de los grandes terratenientes y de los militares era muy parecido en los dos países.

Casi siete decenios después no es fácil rememorar la repercusión que tuvo la Guerra

Civil Española en el mundo. Son pocos los acontecimientos que han dejado tantas huellas en la literatura, en los artes, en la historiografía.

En aquellos días iniciales de la guerra, en el mes de julio 1936, estuvimos, los jóvenes de mi vecindad, sobre las escasamente potentes radios de entonces, girando los botones hasta captar radio Barcelona, una emisora que tiene que haber sido del POUM. Se escucharon las canciones revolucionarias, y las exhortaciones al mundo exterior. Durante los fines de semana, en los bosques del Danubio, en donde acampábamos, cantábamos aquellas canciones, fuertes y atrevidos, a despecho de la policía.

En la cárcel, donde acabamos tarde o temprano todos los políticamente activos, seguimos el vaivén de los frentes de guerra en España, discutimos las perspectivas, y soñamos con aquel país donde el fascismo había encontrado su primera barrera. No había quien no anhelaba ir y participar en aquella lucha que considerábamos propia.

De mis compañeros de los fines de semana y de los calabozos, todos alistados en las clandestinas Juventudes comunistas, fueron casi todos. Desde noviembre de 1936, existía una especie de comisión de alistamiento, pero los que no fueron admitidos -por ineptitud, sea por ser indispensables en el país), se fueron lo mismo por su propia cuenta.

Entre los voluntarios había estudiantes y obreros, solteros y casados, todos muy cortos de medios, había quienes ya tenían diez años de experiencia de trabajo clandestino, y otros que se habían metido en política recientemente.

El más joven contaba con apenas diecisiete años, el más viejo tendría treinta y pico.

Cuando no estábamos en la cárcel, nos reunimos en el parque diariamente, para revisar los preparativos del viaje. Primeramente: cómo conseguir dinero y un pasaporte. La policía exigía una justificación para extender el pasaporte. Algunos pretendían ir a la Feria Internacional de París - pero ¿quien iba a creer a uno que llevaba dos años sin trabajo? Hubo quien se fue en bicicleta, otros cruzaron la frontera de Suiza esquiando...

Para conseguir el dinero, el partido ayudaba a los más pobres, pero la mayoría tenía que reunir sus propios medios - una fortuna para nuestra modesta economía!

A mí me tocó esperar más tiempo. El 8 de febrero de 1937, tres meses antes de salir con el bachillerato, dos policías vestidos de civil me sacaron de la clase (¡vaya escándalo, en un liceo clásico!), me llevaron a la cárcel y acabaron de este modo con mi carrera académica. A causa del contenido sedicioso de once ejemplares de un diario clandestino que habría distribuido, fui condenado a no menos de cinco años de presidio, con "lecho duro" cada aniversario de mi crimen (pena que se ejecutaba sacando aquella noche el colchón de la celda).

Gracias a la inminente tormenta del *Anschluss* salí al año amnistiado, como ya he contado al principio de mi relato. Aquella noche del 10 al 11 de marzo de 1938, cuando Goering dió la orden a sus agentes en Viena de que salieran a la calle y tomaran el poder, aquella noche trágica, cuando se jugó la suerte de ese pequeño país, yo me encontraba entre los que se manifestaban sobre el Ring, la avenida imperial de Viena, gritando a pleno pulmón entre decenas de millares de gentes que no gustaron vivir en una provincia del Reich: "¡Que muera Hitler - soberanía e independencia para Austria!"

El canciller Schuschnigg había anunciado un plebiscito para principios de abril, que sin duda hubiera resultado favorable para la independencia del país. En esa misma arenga clamó: "rot-weiss-rot bis in den Tod!" - rojo-blanco-rojo hasta la muerte. Pero cuando unos compañeros y yo fuimos a la sede del Frente Patriótico, la organización del Gobierno, para exhortar a esos 'patriotas' la acción, ya se habían ido a casa.

Aquella misma noche ví a mis padres por última vez. Los nazis habían ganado la calle, Schuschnigg, en su despedida por la radio, amonestó a la gente a quedar tranquilos ("*para no verter sangre alemana*"), y terminó, con voz temblorosa de emoción: "Gott schuetze Osterreich" - Que días proteja a Austria.

Unos compañeros conocían un pase seguro hacia Checoslovaquia, y en la madrugada del día doce de marzo crucé la frontera por un sendero de contrabandistas, consciente de que iba a ser para un largo tiempo, y con deseos de continuar mi viaje a España lo más rápido posible. Pero me costó dos meses más de penosa espera y de triste vida de emigrante en Brno, hasta que por fin me entregaron un pasaporte toscamente falsificado y el billete para el tren de París.

Pasé Alemania en la involuntaria compañía del señor Rudolf Hess, bien custodiado por docenas de SS en sus siniestros uniformes negros de la escolta del representante del Führer, pero llegué sano y salvo a París. Me presenté ante la comisión de reclutamiento, con sede en la CGT y pasé una breve visita médica. Recuerdo haber visto salir del despacho médico a un africano de complexión hercúlea, llorando a lágrima viva de haber sido rechazado por pies planos (¡Con los deseos que el pobre hombre tenía de luchar para la liberación de su raza!).

Fui aprobado y recibí mi primer encargo militar como responsable de nuestro grupo de cinco voluntarios de cinco nacionalidades diferentes. Salimos de viaje para España, teniendo en cuenta que, si detectaban nuestras intenciones, nos recluían en la cárcel y a mí me amenazaban con la expulsión hacia Alemania.

Entre los cinco había un abogado judío americano, un obrero italiano, uno rumano y un alto, rubio alemán, prototipo del germano, con ojos azules y talla de godó. Este señorito era el único de nuestro grupo que no fue por convicciones políticas. Me contó que estaba en busca "*de gloria militar*". ¡Vaya motivo! Ignoro su suerte, pero me temo que en las filas de las Brigadas Internacionales no había cupo para tales cazaglorias.

Era mediados de junio cuando llegamos a Perpiñán, nos acogieron en la sede del sindicato CGT local, nos brindaron una cena de despedida y hacía medianoche subimos en un taxi camino de la frontera. Al pie de los Pirineos paramos, el

guía ya nos esperaba. Era en tiempo de la rígida no-intervención, y los caminos de la frontera estaban bien vigilados, de manera que tuvimos que caminar por los despeñaderos de los contrabandistas, bastante más empinados que los que conocí de nuestros Alpes. Aquella era una marcha que no terminaba, una noche tan oscura que, para no perdernos, tuvimos que llevar un pañuelo en la espalda.

Tras el largo tiempo en la cárcel, me encontraba bastante flojo y apenas podía seguir el grupo. Pero cuando el guía anunciaba en voz alta, "¡estamos en España!", me sentí eufórico, como recién descansado, contento y feliz: ¡Al fin se cumplió mi sueño! El pobre muchacho que estaba de guardia en la frontera no se esperaba seguramente el abrazo que le di (probablemente habría preferido un cigarro), y mientras que los demás se echaron para descansar, yo me puse a charlar con el guardia, saqué mi mandolina y empecé a entonar "*Los cuatro generales*".

En plena batalla del Ebro, me encontré con mis compañeros de los alegres fines de semana en los bosques de Viena. Compartí con ellos unos pocos días de piojos, de sed y de diario riesgo de morir, hasta que el 23 de septiembre 1938, por orden del Gobierno, nos retiraron del frente a todos los combatientes no españoles. Cuando los españoles de nuestra unidad se pusieron en fila, y los vimos volver al frente, era como abandonar a los propios hermanos.

Lo que sucedió después, ya pertenece a otro capítulo de mi biografía.